

Alicia Soler
Executive Manager - AGERS



Las crisis ya no son lo que eran

Probablemente estaremos todos de acuerdo en que la palabra “crisis” es una de las que más nos ha perseguido a todos durante los estos últimos años. No hay ocasión en la que encendamos la televisión, pongamos la radio o leamos las noticias, y la palabra en cuestión no sea varias veces la protagonista. Nos persigue y, de hecho, estoy segura de que una gran parte de las conversaciones que mantenemos cada día, ya sean personales o profesionales, giran en muchas ocasiones sobre la situación económica, política, tecnológica incluso y, por supuesto, climática que estamos viviendo. Probablemente también muchos de los que leéis estas líneas habéis vivido alguna situación en los últimos tiempos en la que habéis escuchado a alguien decir “yo prefiero ni ver ni escuchar nada porque últimamente todo son malas noticias”. Es nada más y menos que la expresión popular de una realidad que ya forma parte del imaginario colectivo.

Todos hemos sufrido crisis, que han sido periódicas en la historia, y los que leéis esto lo sabéis mejor que nadie porque nos toca intentar anticiparlas, preparar a nuestras organizaciones y, cuando se presentan, procurar minimizar sus consecuencias y gestionar las situaciones complicadas para las personas y la sociedad en general que conllevan.

LAS CRISIS EN LA HISTORIA

A buen seguro, podemos nombrar unas cuantas crisis que nos han afectado o con las que hemos tenido que lidiar profesionalmente: la crisis del petróleo de 1973, la crisis económica que llegó a España pasadas las efemérides del año 92, la crisis de las puntocom o más recientemente la crisis originada por el estallido de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos que se extendió como un tsunami por el planeta a partir de 2008. Crisis más o menos largas, más o menos sectoriales y más o menos localizadas geográficamente a las que la historia les puede poner una fecha de principio, una de final y de las que podemos estudiar sus causas, consecuencias y los aprendizajes para el futuro que nos deja su solución.

Se ha tratado, en líneas generales, de crisis periódicas en el tiempo, con periodos definidos e identificables. Pero la percepción de esos periodos convulsos con un comienzo y una conclusión comenzó a cambiar – al menos para la sociedad en general – con la expansión global de la pandemia del Covid 19 en los primeros meses de 2020. Desde ese momento hasta hoy, a las consecuencias sanitarias de la enfermedad y al parón económico mundial que provocó se han sumado otras muchas situaciones que están en la mente de todos y que hacen que ese patrón de obra literaria clásica con comienzo, nudo y desenlace no sea tan obvio.

LA PALABRA TAMBIÉN EVOLUCIONA

La omnipresencia de la palabra crisis se ha materializado incluso en el lenguaje, y valga como ejemplo que el conocido diccionario británico Collins eligió a finales del año pasado la palabra “permacrisis” como su palabra de año, definiéndola como un período prolongado de inestabilidad e inseguridad. Toda una declaración de intenciones que pone de manifiesto que nuestra actual situación la crisis no parece que vaya a ser algo puntual, sino que es algo que ha venido para quedarse.

Y pocas semanas después de que Collins hablara de la permacrisis, en el Foro Económico de Davos se dio un paso más y se rescató el término “policrisis” en la presentación del Global Risk Report para referirse a la situación que estamos viviendo y, yendo un poco más allá, al panorama que nos espera al menos en la próxima década. Con una visión a dos y a diez años vista, más de 1200 expertos manifestaron que los riesgos más importantes para cada uno de los plazos, serían respectivamente la subida del costo de la vida y la imposibilidad de remediar los efectos del cambio climático.

Esta policrisis de la que se habló en Davos, se caracteriza no solamente por su duración, sino por un aspecto poliédrico en el que las situaciones que provocan las crisis están interrelacionadas entre sí y se retroalimentan, creando nuevos y desconocidos escenarios. Asistimos a una combinación entre múltiples factores de riesgos que están interconectados entre sí y cuyo impacto final supera a la mera suma de cada una de las partes y, además, impredecible. Hablamos de los lazos entrelazados que tienen esa dificultad en la mitigación del cambio climático; la situación económica con una inflación elevada y la amenaza de estancamiento que se cierne con las políticas que buscan remediarlo; el cambio del tablero geopolítico al que estamos asistiendo ya sea a través de conflictos como la guerra de Ucrania o la tendencia a la globalización por bloques; o incluso la incertidumbre que provoca el desarrollo de nuevas tecnologías que conllevan riesgos que era complicado de prever en toda su dimensión hasta hace muy poco tiempo.

TRABAJO SOLIDARIO Y A LARGO PLAZO

Nos encontramos por tanto ante una situación inédita tanto por lo complejo de las casuísticas que la provocan como por sus consecuencias, que exige lo mejor de nosotros mismos como profesionales de la gestión de riesgos. Este primer paso, el que tiene que ver con la sensibilización y la toma de conciencia de los riesgos y su interconexión ya está dado, y es el momento de trabajar sobre ello.

Si nuestra profesión siempre nos ha exigido la capacidad de adaptación ante realidades cambiantes, esta exigencia se hace todavía más patente a día de hoy con esta situación de policrisis en el que cada día puede producirse un nuevo e inesperado acontecimiento. Junto a esta indispensable capacidad de adaptación, desde mi punto de vista se hace imprescindible el papel formativo e informativo que juegan asociaciones como AGERS, teniendo en cuenta que para afrontar los retos que se plantean será necesario que trabajemos todos juntos y lo hagamos con una visión a largo plazo.

¡Os deseo un feliz verano a todos!

